

IMPRESIONES DE UN EXPLORADOR EN SALAMANCA: *VIEJA TIERRA DE IBERIA* DE ARNALDO CIPOLLA

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO*

RESUMEN: Arnaldo Cipolla, explorador, corresponsal en el tercer mundo y escritor prolífico, escribe también una obra dedicada a España, *Vieja tierra de Iberia*, donde recoge su viaje en 1925 por tierras españolas y portuguesas, sus impresiones y sus reflexiones personales. El capítulo XI está dedicado a su visita a Salamanca y, de manera especial, a la Universidad y a la disputa de Colón.

ABSTRACT: Arnaldo Cipolla, explorer, Third World journalist and prolific writer, also wrote a book devoted to Spain, *Old Land of Iberia*, in which he describes his journey in 1925 throughout Spain and Portugal, along with his impressions and personal reflections. Chapter XI is devoted to his visit to Salamanca, and especially to its University and Columbus' dispute there.

PALABRAS CLAVE: Cipolla, descubridores, universidad, Colón, Convento de San Esteban.

* Universidad de Salamanca.

Arnaldo Cipolla¹ no es el típico viajero al que estamos acostumbrados. No es sólo un hombre de letras, un intelectual serio, un amante de los viajes. Es, además, un hombre de acción, explorador, mercenario, corresponsal para distintos periódicos –*Corriere della sera*, *La Stampa*–, periodista y escritor prolífico. Es, como se le ha llegado a llamar en los años veinte, el ‘Kipling italiano’. Su mirada será, por tanto, diferente. Sus intereses cuando visite nuestra ciudad y sus reflexiones sobre ella serán muy enriquecedoras, como lo han sido también las que ha escrito sobre otras culturas, otros países, otros pueblos.

De hecho, antes de venir a España en los años veinte, Cipolla ya había estado en el Congo belga y de su experiencia había nacido su obra *Del Congo*, publicada en 1907; más tarde había estado en Somalia y en Etiopía, como corresponsal en África y encargado de seguir a las tropas italianas. *En el imperio de Menelik*, 1911, es el fruto de esa experiencia. Arnaldo Cipolla continuará en África todavía un tiempo: se ocupará de la campaña de Libia, luego pasará al Oriente Medio, a Asia Menor, a América. Será el periodo de entreguerras donde se concentrarán casi todos sus viajes y sus obras más importantes.

Ya su primera actividad está marcada por el signo del aventurerismo, ya que en 1904 dejó lo que se preveía como una brillante carrera militar a la que su padre le había destinado, por la de mercenario en el Congo, entonces bajo el dominio de Bélgica. Esta experiencia la aprovechó y prosiguió posteriormente en otros territorios africanos como corresponsal primero del periódico milanés *Corriere della Sera* en los territorios colonizados por los italianos, Etiopía y Somalia y, posteriormente, en 1910, del diario turinés *La Stampa*, que lo envió a Libia. Fruto de su labor como corresponsal fueron muchos artículos periodísticos, recogidos luego en libros como *Pagine africane di un esploratore (Páginas africanas de un explorador)*, *Dal Grande Atlante a Babilonia (Del Gran Atlas a Babilonia)*, *Nell’Impero di Menelik (En el Imperio de Menelik)*, *Racconti di deserti, di oceani e di foreste vergini (Relatos de océanos y de selvas vírgenes)*, etc.

Arnaldo Cipolla viajó por numerosos países con una actitud abierta, libre de los prejuicios más difundidos en su época de la primacía de la civilización europea frente a otras culturas consideradas bárbaras o subdesarrolladas. Por ello, defendió el valor de las culturas africanas en algunas de las obras que hemos señalado y lo mismo hizo con la India en *La fiamma dell’India. Viaggio in India nell’estate 1922 (La llama de la India. Viaje a la India en el verano de 1922)*; Sudamérica con su obra *Nel Sud America (En Sudamérica)*, Norteamérica, China, Siberia, etc.

Dedicó también una buena parte de su tiempo a la narrativa, escribiendo novelas como *Il re fanciullo (El rey niño)*, *Il cuore dei continenti (El corazón de los continentes)* –una serie de relatos exóticos– y *Un’Imperatrice d’Etiopia (Una Emperatriz de Etiopía)*, que fue su novela con más fama. Las acciones se desarrollan hacia 1921 y versan

1 Arnaldo Cipolla nace en Como, en el norte de Italia, en 1877 y muere en Roma en 1938. En Italia, además de ser conocido como periodista, especialmente como corresponsal en tierras lejanas y poco conocidas, es considerado uno de los más importantes escritores de novelas coloniales, entre las que destaca *Una emperatriz de Etiopía*, 1921.

esencialmente sobre los episodios que sucedieron en Etiopía a la muerte del emperador Menelik II.

De este ambiente viajero surge la obra que a nosotros nos interesa concretamente: *Vecchia terra d'Iberia (Vieja tierra de Iberia)*², publicada por la editorial Paravia de Turín en 1928. La obra consta de 272 páginas, repartidas en catorce capítulos en los que Cipolla narra con detalle y con perspicacia su viaje realizado en 1927 por tierras de España y Portugal.

La ordenación del libro no responde a la secuencia diacrónica del itinerario, sino que narra la visita a los diversos lugares como si fueran

cuadros con entidad en sí mismos y dando mayor o menor relieve a determinadas cuestiones según le interesara. Así, por ejemplo, en Madrid le interesan las cuestiones políticas, las exposiciones en el Museo del Prado y se horroriza ante “la glacial aberración del Escorial”, sugiriendo que debe ser destruido a cañonazos, y se interesa críticamente por las corridas de toros y por las opiniones de castellanos y catalanes sobre la corrida. De Barcelona destaca “la catedral más extravagante del mundo”; Sevilla la visita impulsado de la premisa que encabeza el capítulo IV de “Quien no ha visto Sevilla, no ha visto maravilla”, y Granada es para él esencialmente la Alhambra, “tumba de una raza muerta de placer”, como Cipolla la define, y fusión en la paz y en la guerra de los mundos islámicos y cristianos.

Las descripciones que siguen a la de estas ciudades españolas corresponden a lugares de Portugal como Lisboa, Cintra, Coimbra y Oporto y en casi todos ellos priman también las opiniones sobre sucesos políticos, aunque también hay sobre costumbres y descripciones monumentales y paisajísticas.



Arnaldo Cipolla, explorador y corresponsal italiano, en tierras africanas antes de su viaje a Salamanca

2 CIPOLLA, Arnald, *Vecchia terra d'Iberia*. Torino: Paravia, 1928. La traducción es de Milagro Martín Clavijo.

En junio de 1927 se encontraba en Oporto y de allí el mismo mes se dirige en tren a Salamanca. Arnaldo Cipolla llega a Salamanca de noche. Su viaje por la Península Ibérica ha empezado mucho tiempo antes, ya conoce gran parte de España y ha pasado por Portugal, como hemos señalado. Es precisamente desde este país vecino desde el que llega nuestro viajero. Esa mañana ha salido de Oporto y en tren ha atravesado Portugal para volver a entrar en España por la provincia de Salamanca. Cipolla sale de Barca d'Alva, la última estación portuguesa, al son de un fado que "es una manera, como cualquier otra, de consolar la pena de los pocos viajeros que salen de la república por esta parte" (p. 194). Esta afirmación ya nos hace sentir que su entrada en España no estará acompañada por esta alegría, aunque sea nostálgica, que ha sentido en Portugal:

El consuelo se destruye rápidamente al saber que el cómodo tren que nos ha traído desde Oporto hasta este pueblo de la frontera, no continúa en España: es la administración de las ferrovías de Salamanca que piensa que continuemos el camino en un tren con vagones arcaicos que parece expresar todo el desprecio de la gran España por el pequeño Portugal. El desprecio también se acentúa con el hecho de que la primera estación española de frontera, Fregeneda, en vez de estar cerca de Barca d'Alva, como sucede en todas las fronteras, está a cincuenta kilómetros; cincuenta kilómetros de perfecto desierto, tras los cuales se tiene el consuelo de volver a ver los flamantes uniformes y las 'lucernas' de la 'guardia civil'. Evidentemente, este espacio es necesario para que nos olvidemos de la risueña y afectuosa Portugal y dispongamos el espíritu y esa especial condición del alma que se asemeja a la tristeza, tan conveniente cuando, habiendo salido de Oporto por la mañana, tenemos como meta nocturna Salamanca, la muerta (p. 195).

Se trata, como dice Arnaldo Cipolla, de un estado de ánimo que no conviene exagerar, aunque su entrada en la ciudad tampoco prometa grandes maravillas: campos desiertos, barrios vacíos, calles llenas de socavones...:

Ciertamente, Salamanca, entre sus colinas a las orillas del río Tormes (a propósito del río, he descubierto un puente romano de 26 arcos, 15 de ellos todavía de la época imperial), rodeada por un campo salvaje y desolado y por suburbios despoblados y sórdidos –Salamanca tiene treinta mil habitantes escasos– con hoteles tristes, viejos y que huelen mal; a primera vista no es una ciudad muy alegre. El trayecto, por ejemplo, desde la estación, que está fuera de la ciudad, al hotel, hace pensar, por los saltos que da el carruaje en un terreno lleno de socavones, que España tiene algunas de sus ciudades más famosas absolutamente refractarias al progreso (p. 195).

Este estado de ánimo y esta primera impresión dejan paso a una visión distinta de la ciudad a la luz del sol:

Pero la mañana siguiente, el color oro de Salamanca tan delicado y dulce, aparece teñido de alegría y entonces nos reconciliamos con ella. Un color que posee todos los tonos de la gama, ya que va del amarillo rojizo de las melenas de Tiziano al ámbar (p. 195).

Es este color dorado que tiene toda la ciudad el que, como a tantos visitantes de nuestra Salamanca, cautiva a este viajero italiano y hace que su visita no sea tan negativa:

Iglesias e iglesias, conventos y conventos; toda Salamanca sería muy monótona sin ese color (p. 196).

La descripción general de Salamanca comienza con un breve recorrido por las épocas históricas que han dejado huella en la ciudad:

De la Salamanca árabe, no queda nada o casi, salvo la costumbre de rodear las plazas con arcos y pórticos. De la Salamanca romana, la única huella que se conserva es el puente sobre el Tormes. De los tiempos del hierro, cuando la ciudad era la extrema fortaleza avanzada del cristianismo contra el Islam, se conservan dos iglesias románicas; todo el resto, es decir, todo, ha crecido con la Universidad y ha muerto con ella (p. 196).

Para Cipolla la ciudad y la Universidad son una sola cosa, por lo que la historia y la gloria o la ruina de la primera están estrechamente unidas a la segunda, por eso:

Caída la Escuela, los conventos solos, antes sus amigos y después sus enemigos, han continuado a invadir la ciudad con sus grandes manzanas de casas amarillo rojizas, obligando a la Universidad a replegarse sobre sí misma, restringiéndola, sumergiéndola, convirtiendo Salamanca en una única gran iglesia. Desaparecidos en 1815 los estudiantes en "bajeta", las calles volvieron a estar llenas de esos magníficos y salvajes bueyes, del mismo color amarillento de la ciudad, conducidos por vaqueros con aires arrogantes que llevan la "navaja" en la cintura de su traje de terciopelo bordado y que son una especie de confirmación visual de que el antiguo reino de León no ha cambiado tanto (p. 196).

Arnaldo Cipolla continúa con su tesis en la que traza un estrecho paralelismo entre ciudad y Universidad y lo hace en un momento de clara decadencia de esta última:

Pero, ¿qué se puede venir a ver a Salamanca si no es la universidad? Salamanca podrá convertirse en centro industrial aceitero o vendedora de anís, pero continuará todavía durante mucho tiempo siendo, tanto para nosotros como para Marineo: "la ilustre ciudad madre de toda virtud, de las artes liberales, igualmente respetada tanto por los nobles caballeros como por los hombres cultos".

A decir verdad, de la antigua y, sin duda, gigantesca universidad de un tiempo que hospedó incluso a catorce mil estudiantes, de la que fue uno de los tres grandes centros de la cultura medieval, no queda más que un vago recuerdo (p. 197).

Tras esta reflexión, Cipolla pasa a la visita de la Universidad, desde el patio a la biblioteca, que calificará de ‘decrépita’; lo que más le interesa en ella, como no nos puede extrañar ya que nuestro viajero es uno de los grandes exploradores de su época, son los manuscritos de Vasco de Gama:

Por una puerta que sorprende por no ser ni severa ni inmensa, sino íntima y delicada, se entra en un pequeño patio que se llama “plazuela”, a la sombra de naranjos a la derecha y a la izquierda de los pórticos. Las estatuas de Fernando y de Isabel sugieren que el monumento, o por lo menos su restauración, data de principios del siglo XVI, tras la conquista de los moros y la ruina de Córdoba, la rival. Continuando, se entra en un tipo de “patio” afable, a medio camino entre el claustro de un convento y la casa morisca. Por el “patio” se pasa a una decrépita biblioteca fundada en el siglo XIII que ha contenido, se dice, ochenta mil volúmenes y que tiene en custodia los autógrafos de Vasco de Gama. En la biblioteca existe también algo que resucita la imagen de los antiguos tiempos de la Universidad: algunos viejos bancos, estrechos e incómodos, medio comidos y grabados por generaciones de estudiantes y una especie de armario en la fachada interna en el que aparecen pintadas las escuelas de Leyes y Teología (p. 197).

A la vista de estas antiguas aulas, conservadas como eran en la época de gloria de nuestra Universidad, Cipolla se imagina a uno de los grandes descubridores españoles, Hernán Cortés, sentado en uno de estos bancos. El autor nos lo sitúa en Salamanca, nos lo dibuja sucintamente, imagina sus pensamientos, sus acciones, cuando todavía no era más que un joven del que no se podía ni imaginar que terminaría en las Américas:

En los viejos bancos se puede imaginar ver sentado, distraído entre los profesores, a un Cortés de 16 años, macizo y sanguíneo. No escucha, no sabe todavía lo que va a ser, piensa probablemente a los duelos que interesan a su valor sin ocupación, pero ya es todo oídos a los rumores que vienen de ultramar. Y aquí, al aula, llegan de todos los reinos y de todas las provincias de España los singulares estudiantes, unos a pie, otros a caballo, vestidos de las formas más extravagantes. Descienden hacia la ciudad del saber, cubiertos por el polvo de las calles y llenos de heridas. Cada uno tiene una novela que contar al estilo de Gil Blas o al de Cervantes; no hay que maravillarse, por tanto, que de aquí haya salido la literatura pintoresca, aunque poco edificante, pero tan dura y viva, y no hay que sorprenderse si la mayoría de los seguidores de Cortés “que vieron cosas antes ni vistas ni oídas ni siquiera soñadas”, conquistadores de Méjico, hayan sido salmantinos (p. 198).

Como vemos, a nuestro explorador y escritor italiano no interesa tanto el arte como los hombres, sobre todo los hombres de acción y, de manera muy especial, los hombres de armas y de letras. De ahí su admiración por esta época de oro de

la Universidad salmantina, cuyas aulas estaban llenas de jóvenes de acción y de estudio a la vez:

Y aquí el néctar del Renacimiento embriagaba a miles de hombres, mientras la universidad rival, Alcalá, nacía y la vida intelectual de España se trasladaba a Sevilla y Madrid. Aquí a los profesores célebres los levantaban en hombros adolescentes entusiastas al sentirse invadidos por un amor un poco más grande que el profesado a las jóvenes. Aquí, estudiantes de todas las edades, no estudiantes librescos, sino hombres con músculos poderosos, endurecidos por el sol y por los peligros, con la espada en el costado, se lanzaban a las letras como a un nuevo reto. La Iglesia, en el seno de la cual ha nacido la Universidad, se abría al soplo del paganismo llegado de Italia. Torquemada había quemado miles de libros: otro fanatismo, ya que todo es fanatismo en las almas violentas, se encendía en los rudos corazones, de repente arrastrados por la pasión de la gracia, de la cultura, de la belleza.

Los soberanos se rodeaban de doctos y de 'adelantados'. Isabel aprendía latín mientras conquistaba Granada y protegía a Colón. Se vieron septuagenarios que deletreaban el abecedario de las lenguas clásicas que les parecía, que eran, una revelación. Y todos, nobles y plebeyos, se sentían arrastrados por el remolino ardiente de los recuerdos antiguos que eran también esperanzas. ¿Quién enseña en las pequeñas aulas? ¿Quién explica los clásicos griegos y latinos? No son los pedantes, sino los grandes cubiertos de oro y espléndidas vestiduras; los héroes hijos de héroes: don Gutierre de Toledo, hijo del Duque de Alba; don Pedro Fernando de Velasco, futuro condestable, que al bajar de la cátedra hablan con deferencia con Barbosa y Nebrija, nobles sólo por el saber. Los héroes explican a Jenofonte y las mujeres comentan a Ovidio, como la marquesa de Monteaugudo, hija y hermana de hombres de guerra.

Renacían las diosas, pero para aquellos hombres fuertes, la eterna y monótona Afrodita no había matado a todos los dioses. El Humanismo pedía a la joven humanidad resucitada grandes cosas. Las gestas de los héroes antiguos daban en esos corazones masculinos la diana para nuevos desafíos. Jasón, primer descubridor de tierras, animaba a Cortés para que fuera a conquistar otro Vellochino de oro en la Colchide a cuatro mil millas más allá del océano: lo dice el primer mensaje europeo que Montezuma recibió de las costas del golfo. De esta manera, la cadena de los aventureros de la lejana Asia se unía, a través de los tiempos, con los aventureros de América y las empresas fabulosas de Alejandro y de César revelaban lo que la humanidad era capaz de realizar (pp. 198-199).

Arnaldo Cipolla lleva la historia de Salamanca y de su Universidad a su terreno, al campo que a él interesa especialmente y en el que se ha cimentado su experiencia, el de los descubrimientos, el de la exploración, el de los viajes a tierras casi desconocidas. Es desde esa amplia experiencia desde la que envidia esta otra época, ya tan lejana, la de Cortés y otros descubridores:

momento único de la vida del mundo en el cual los hombres siguen siendo héroes sin volverse bestias y sin transformarse en perezosos intelectuales. Los escritores manejan la espada y anhelan la aventura en tierra y mar y los genios se llaman Colón, Camoens y Cervantes, materializando, de esta manera, la perfección humana; es decir, saben ser hombres potencialmente armoniosos en los que las mismas letras son todavía un motivo de audacia. Momento verdaderamente sublime ya que la humanidad se sintió aliviada por inmensas esperanzas al asistir a los nacimientos prodigiosos que surgían en todos los puntos del horizonte. Hoy salían de la tierra nuevas estatuas y nuevos textos, mañana emergían del mar, como redivivas Venus, nuevas islas y nuevos continentes y el mismo cielo cambiaba, como la tierra (p. 200).

Junto a los monumentos y a la Universidad, Cipolla elige un tema de suma importancia, como es el de los debates de Colón con los científicos y religiosos salmantinos en San Esteban, como paradigma de lo que Salamanca representa y que es ni más ni menos la afirmación, puesta en boca de Colón, de que sin Salamanca los Reyes Católicos no hubieran tenido América. Para demostrarlo inventa una especie de pieza dramática, en la que imaginariamente hace representar a Colón delante de los frailes dominicos los argumentos en defensa de sus tesis:

¡Colón en Salamanca! El nombre de Colón aquí, en España, en las tierras que lo vieron pasar (es necesario reconocer que entre nosotros a Colón no se le ve, es una larva), despierta algo del inmenso escalofrío que ha hecho correr en el universo. Imaginaos el alboroto cuando en este patio de la Universidad se supo que el hijo del cardador de lana había llegado. Los orgullosos mitrados ríen de aquel visionario infatuado de vanidad. Los profesores explican que la discusión que está a punto de encenderse alrededor del extranjero es irritante y que Aristóteles, etc., etc. Pero entre los estudiantes hay quien escucha al desconocido que golpea con fuertes golpes sordos a la puerta del porvenir que se abre, pero no quiere abrirse todavía.

Estamos en la plaza silenciosa, rosa y desnuda, delante de la puerta del convento de San Esteban y Santo Domingo, que acogió a Colón la primera vez en 1484... “*a Fray Diego de Deza (dejó escrito el descubridor de América) y al convento de San Esteban debían los Reyes Católicos las Indias*”. Y la misma puerta, a la cual el gran vagabundo ya viejo, con la cabellera de oro transformada en canosa y el rostro ahuecado por la miseria, por la amargura y por la obsesión, errante no ya de la casualidad sino de su mismo descubrimiento que pide nacer, ha golpeado pidiendo asilo. Él la conoce desde el tiempo en el que no siendo ya un desconocido, no siendo ya confundido por un equívoco aventurero, la ha traspasado, recomendado por la Corte, por los monjes influyentes, por sus mismos servicios prestados a la causa de Cristo en la guerra de Granada, habiendo obtenido la discusión de su proyecto en Salamanca, centro de la sabiduría.

La puerta se ha abierto; ha aparecido la cabeza encapuchada y henos aquí, en el convento solitario, acompañado por un fraile de pies sordos de mente cerrada.

Aquí la sala donde el “genovés” –la última palabra ha sido pronunciada por el fraile casi con hostilidad– intentó ganar su causa delante de los sabios de Salamanca. Una larga sala llena a veces de sombra y de humedad, donde el salitre aflora sobre las paredes. Nada de frescos, ningún resto de decoración, nada más que escualidez y abandono. Las raras palabras del fraile resuenan en el silencio. Se habla en voz baja. La ocasión, la piedra y la sombra nos pesan sobre las espaldas y sobre el espíritu.

“¡Colón se ha sentado allí!”.

En el vacío hay lugar para los sueños. La historia nos ha dejado pocos elementos sobre la memorable sesión, pero podemos imaginar al italiano hojear sobre la inmensa mesa maciza los pesados “*in folio*” de cuero, los manuscritos, sus notas ilustradas con una escritura cerrada, firme, clarísima, las cartas adornadas con figuras mitológicas, la de Toscanelli sobre todo. Frente al hombre vestido de terciopelo, los grandes, los prelados, los sabios, en trajes resplandecientes o severos. Colón habla. El orgullo trasluce de la palabra, sus presunciones, que enseguida aparecen como ilegítimas, indisponen a la asamblea. Expone con fuerza, pero con un lirismo incoherente y hace sonreír a los hábiles y a los sabios. Agita la inmensidad de los hechos, las tradiciones legendarias que ha recogido en los libros vetustos y en los confines extremos del mundo conocido, las palabras de Séneca y de Platón y recuerda los troncos encontrados sobre las playas de las Canarias. Confunde, sin distinguirlos, las quimeras con los hechos y ofusca los hechos con las quimeras.

Los políticos alzan los hombros, los sabios objetan, discuten, rectifican, olvidando que el error es la ganga de las verdades nacientes. La disputa se enciende (es la única que la posterioridad, amiga de las antítesis simétricas, recuerda). Los monjes encuentran que la idea de Colón es contraria a las sagradas Escrituras. Se blande el Evangelio sobre su cabeza. Pero Colón sacude la espesa cabellera y con el cuello hinchado cita a los Profetas. Recuerda que es un creyente y que ha combatido contra los infieles. Su persona se yergue un momento, pero se vuelve enseguida humilde y suplicante. Quizá juega con astucia. Quiere dar al Papa romano, a la cristiandad, nuevos pueblos, fieles y oro. El oro resplandece sobre la reunión. A puñados, con sus manos poderosas, el humilde, el extranjero, el italiano, lanza sobre los prelados, sobre la Iglesia, los tesoros imaginarios de Cipango de su compatriota Marco Polo. Se exalta y grita que con las riquezas fabulosas que sabrá recoger en los mundos de más allá del océano, reconquistará a los sarracenos el sepulcro de Cristo. Pero los hombres de Estado saben que el tiempo de las cruzadas ha pasado y sonríen todavía más escépticamente.

Entonces Colón precisa: para ir a aquellas maravillosas Indias por el oeste basta algunos días. Es el hombre destinado a agrandar desmesuradamente la tierra, afirma sobre la fe de los alejandrinos, que el mundo es pequeño; ¡pequeño como el puño! El argumento choca, enciende las codicias. La luz que brilla de los diamantes socorre a la que escasea de los textos axiomáticos. Diego de Deza y el cardenal Mendoza

de vasto espíritu, vienen en socorro del Iluminado. La fiebre golpea y quema el amplio pecho de Colón. Quizá está al final de su odisea, quizá el exiliado itálico está marcado por la fortuna y triunfará. No, monjes y sabios condenan sus proyectos “como verdaderamente impracticables”. La túnica ha sofocado a la luz. La ciencia adquirida pronuncia en nombre del pasado su sentencia negativa a la acción y al porvenir. El monumento de la estupidez humana se entrega al futuro.

Sí, escarnezamos también a los frailes de Salamanca que fueron duros y obtusos, pero recordemos que finalmente han sido los religiosos, los monjes los que, después, acogieron, animaron, impulsaron a Colón e hicieron posible la fatídica partida de las tres carabelas. La fe en el suceso triunfal procedía únicamente de la cultura. Ni uno sólo de ellos era un hombre de acción, sino todos hombres de pensamiento, puesto que, efectivamente, el pensamiento es el más audaz de los aventureros.

Las descripciones posteriores a Salamanca corresponden a Burgos y Toledo y especialmente a las catedrales de ambas ciudades, continuando posteriormente el viaje de regreso por Lourdes y los Pirineos centrales franceses.